

LA SOMBRA...

DIONISIO LÓPEZ

a Javier Fernández de Molina

Dionisio López (Cáceres, 1978). Licenciado en Filología Hispánica y profesor de Literatura. Autor del poemario *Los nombres de la nieve* (RIL Editores, 2022) y del libro de relatos *Cuando vuelvan los elefantes* (Editora Regional de Extremadura, 2023). Dirige el blog de reseñas literarias *Aves de paso*.

...caía densa, fría y negra sobre los tejados y las fachadas de las casas, adheridas a la ladera del castillo como enjambres, retrasando su amanecer. El joven, que ya hacía tiempo había dejado de ser joven, dio dos vueltas a la cerradura y volvió a repasar mentalmente el protocolo de despedida: cortadas luz y agua, persianas bajadas, nada precedero... Respiró hondo con la mirada fija en los dibujos que formaban las vetas de la madera de la puerta familiar, decenas de garabatos en los que, desde niño, había ido descubriendo riachuelos, ojos de mirada intensa, enrevesados laberintos, rostros desvaídos... una colección de lugares que en cierto modo también formaban parte de los paisajes de su vida. Guardó la llave en el bolsillo, una única y desnuda llave, tomó la vieja maleta, heredada de su padre, con una mano y el caballete con la otra, se dio la vuelta y comenzó a andar.

El sol ya calentaba al otro lado de la sierra pero, a este, las calles permanecían oscuras, un tanto húmedas, vacías, silenciosas y hasta los pasos decididos del no tan joven pintor parecían no querer vulnerar ese silencio.

Atrás iban quedando los recuerdos de una vida, una vida que ya no era la suya, que quizás nunca había sido la suya. Pero ahora sí, ahora ya nadie juzgaría sus pasos como los de un epígono, sus decisiones, sus amistades, su trabajo y su obra. Una nueva vida en una nueva ciudad. Había retrasado su decisión quizás demasiado tiempo, pues ya desde adolescente, cuando gentes que él jamás había visto lo conocían por ser el hijo de don tal o el nieto de cual, supo que se tenía que marchar. Una nueva vida con un nuevo apellido.

Caminaba hacia el oeste, rumbo a la frontera, rumbo al mar. Una nueva vida con un nuevo idioma. Allí buscaría un lugar tranquilo y anónimo, donde encontrarse y pintar o donde pintar y encontrarse. Donde su obra fuera medida por su valor y no con la losa constante de su maestro, ese que había llevado el nombre del pueblo por el mundo, ese que era admirado por el país y por él mismo, ese al que amaba y, a la vez, odiaba. De él había aprendido prácticamente todo hasta convertirse en su mejor discípulo. «Discípulo», maldita palabra. Pero a partir de ahora sería distinto, pintaría sin parar, se iría introduciendo en los ambientes intelectuales de la ciudad, crearía su propia historia, su leyenda personal y única. Y su valor sería el suyo.

Los kilómetros se sucedían con sus pisadas firmes en el oscuro asfalto, camino a una nueva vida, su vida. Y así, desde el pueblo, desde lo alto de la torre, se iría distinguiendo, cada vez con más dificultad, su perfil con la maleta en una mano y el caballete en otra, rumbo a sus sueños, a su vida, a su libertad, a su identidad; rodeado de encinas y jaras caminaba pisando todavía la sombra densa, fría y negra del castillo, que se extendía imparable por el paisaje.